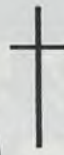


# RENOVACION



por JULIO MATA

1.965

España ha dado siempre más importancia a las procesiones, que a la liturgia, en la celebración de la Semana Santa.

Tan en serio ha tomado, desde la antigüedad, las procesiones pasionarias, que ha dedicado las mejores gubias que, a lo largo del tiempo, el cielo le ha otorgado, a exponer plásticamente el misterio de la Redención, dando con ello ser a una imagería religiosa sin igual en el mundo, por la asombrosa inspiración que la creó y por su fabulosa cantidad. Los Cristos y las Dolorosas de Montañés, Alonso Cano, Mena, la Roldana, Salzillo, Gregorio Hernández..., distribuidas por toda la geografía nacional, testimonian de modo irrefutable el ansia ardiente, que ha espoleado siempre al español, por expresar con la mayor viveza asequible al genio humano, el precio, el alto precio de la Redención. Nuestros desfiles procesionales conmemorativos de la pasión y muerte redentoras, en los que, a su extraordinaria carga artística y conmovedora se suma el reflejo fiel y vigoroso de la sicología regional, gozan de fama universal y conquistan cada año mayor número de visitantes extranjeros.

Pero, en eso echamos casi toda la fuerza. Contrastan vivamente el entusiasmo, la ayuda material y hasta el espíritu de sacrificio aportados por todas las clases sociales españolas a las procesiones pasionarias, con la poca importancia, que las mismas le dan, en general, a los Santos Oficios.

Las decisiones del Concilio Vaticano II sobre

liturgia nos obligan a reflexionar y a acomodarnos a la mente de la Iglesia, en tan interesante materia. No se trata de enfriar el entusiasmo popular relacionado con las procesiones, sino de hacerlo extensivo a la liturgia pasionaria. Asistir o tomar parte, devota, ordenada y silenciosamente, en una procesión, siempre será una obra de religión. Pero, no asistir a los Santos Oficios, será privarse de la parte más importante de la Semana Santa y renunciar al medio que más bien espiritual nos puede reportar, porque los ritos de la Semana Santa no sólo tienen una especial dignidad, sino que poseen también una singular eficacia sacramental para nutrir la vida cristiana.

Vivimos en plena etapa renovadora de la liturgia, y esta renovación exige, entre otras cosas, que no sigamos dándole más importancia a lo accesorio, que a lo principal. Para ayudar a ello, en el aspecto concreto a que nos referimos, la Iglesia ha puesto en manos de los fieles los Oficios de la Semana Santa traducidos a la lengua vernacula y ha señalado cómodas horas para celebrarlos. Que nuestras procesiones sigan con el esplendor de siempre, o mayor si es posible; pero que nuestras Iglesias se hallen llenas de fieles en los Santos Oficios.

No incorporarse al movimiento renovador de la Iglesia, es permanecer parados, lo mismo que tullidos, a la orilla del camino, mientras los demás avanzan.